



TRAVESÍA

Travesía / Héctor Piri Latapiat
Ilustraciones: Rodrigo Millán
Corrección y edición: Claudia Jarpa N.

Taller de ilusiones
Pluma&mente ' Patas de perra
Primavera 21 / El Tabo, Litoral

TRAVESÍA

Héctor Piri Latapiat

Claudio no llegaba al extremo de ser un mal hombre, sin embargo, tampoco podría decirse que era una persona muy sensata e inteligente. Su cotidianidad, como el común de muchos ciudadanos, consistía en ir de la casa al trabajo y viceversa, podríamos decir entonces que su vida social era bastante limitada. Resulta que este individuo era persuadido todo el tiempo por la inconsistente influencia de sus colegas, que, en su mayoría, se regían por códigos superficiales, clasistas y ostentosos sobre logros académicos y materiales. Así, Claudio se hundía en el pantano de la imprudencia, tornándose cada día más pedante e insensible y, como dicta la ciudad, caía en la fantasía de alcanzar una vida idílica, admirando de sobremanera a deportistas y personajes faranduleros de la televisión.

Cierta tarde, disfrutando un *happy hour* junto a sus compañeros de oficina, Claudio bebió más de la cuenta y en mala hora decidió declarar sus sentimientos amorosos a aquella colega que todos codiciaban: la rubia, esbelta y de sonrisa perfecta tatuada sobre un rostro angelical. Considerando que él nunca recibió insinuaciones por parte de la muchacha y sabiendo de sobra que no estaba a la altura de ser un buen partido para ella, de igual manera, el alcohol le otorgó las agallas para concretarlo. El rechazo lo convirtió en el hazme reír durante el resto de la reunión. Ya de regreso, con el pulso de un perdedor, caminó ensimismado de vuelta a su hogar, con el resentimiento a flor de piel y la arrogancia suficiente para palabrear a quien se le cruzara, cosa que, por cierto, duró poco, porque de pronto, como verdaderas cucarachas, un grupo de muchachos emergió desde un puente, lo asaltó a punta de golpes y lo despojó no solo de su última pizca de orgullo, sino también del dinero y del calzado. Ya en la casa, después de insolentar a su madre histérica, al borde del llanto por ver a su hijo ensangrentado, se desparramó sobre la cama y, como broche de oro, coronó la jornada con un explosivo vómito, del cual siquiera se dio por enterado.

Cuando se reanudó y consumó la conciencia de Claudio, una intensa presión se alojaba en su cabeza. Lo primero que visualizó fue un torrente colorido y destellante, por donde él fluía precipitadamente entre todo tipo de sentimientos confusos, soberbias, desmanes, pensamientos contradictorios, angustias, desilusiones y remordimientos. De esa manera, además de un ensordecedor tronar, comenzó a perder movilidad, para luego, en la cumbre de su agobio, precipitarse, a través de una viscosa glándula, sobre un paraje rocambolesco. Al caer sobre aquella insospechada superficie, reparó en la densa y confusa atmosfera que le dificultaba la respiración. Exasperado, trató de incorporarse, sin embargo, no pudo, porque una extraña rigidez que lo inmovilizaba, le impedía agitar sus extremidades o girar la cabeza, solo podía mover sus ojos, pero el ángulo visual, no le permitía siquiera entrever su cuerpo. Sufría la sensación de estar atado de manos y pies. Al intentar zafarse solo lograba dar brinco sobre sí mismo, de un costado a otro, azotándose contra el piso como lo haría un pez fuera del agua. Después de recobrar el aliento, mientras yacía resignado sobre nauseabundos fluidos, advirtió que alguien se acercaba, pero para su ingrata sorpresa eran unos espantosos seres con rasgos de fauna acuática y al mismo tiempo casi *homo sapiens*. Uno de los especímenes, extrañamente uniformado, luego de envolverlo en una red, lo golpeó con un garrote de hulte que descolgó de su espalda, casi hasta noquearlo.

Escoltado por cinco criaturas escamosas que cabalgaban a otras cinco criaturas escamosas aún más abominables, avanzaba el carro alegórico en donde trasladaban a Claudio, ahora en su forma original y ya sin dificultades para respirar. De pie y amarrado al mástil, observaba incrédulo el grotesco entorno carnavalesco que lo rodeaba. Pero sin duda lo más abrumador de aquella celebración, era que, a propósito de su custodia, los habitantes le lanzaban restos de alimañas submarinas, junto a todo tipo de improperios, mientras avanzaban por las calles de un pueblo esculpido en fulguerosos arrecifes. Todo era tan desquiciado y contradictorio que el muchacho supuso que sufría una pesadilla. Si bien, se suponía que respiraba en un aparente mundo acuático, en donde la visión era ondulante y cada vez que resollaba o hablaba, burbujeaba. Era demasiado surrealista respirar sin dificultad, pues la atmósfera no tenía la misma densidad que el agua y, por lo tanto, cuando los seres le arrojaban cosas, estas hacían su trayecto y le golpeaban el rostro con la debida velocidad. En fin, a medida que pasaba el rato y con él los cambios de escenario, por más que intentó despertar, cayó en la cuenta de que no se trataba de un sueño. Recién ahí, comenzaba su verdadera pesadilla.



Al dejar atrás un enorme y maravilloso jardín de algas que ululaban meciéndose de un lado a otro, se internaron en una abrazadora oscuridad y siguieron por un único, estrecho y largo sendero iluminado por escafandras de distintas épocas sostenidas por sus roídos trajes, a modo de faroles. El carro se detuvo en frente de una gigantesca concha de erizo negro, la cual resultó ser un cuartel, en cuyo interior había más de aquellas despreciables criaturas uniformadas. Sin más, el rehén fue encadenado a una oxidada ancla dentro de un calabozo con barrotes de cuerno de narval, custodiado por iracundas jaibas, las cuales amenazaban triturantes a cualquier movimiento o intento de consulta del prisionero.

- ¡Guarda silencio, bestia de humanidad! - vociferó el guardia que parecía tener mayor rango, un enorme espécimen con largos bigotes de bagre.

- Sargento, aquí está el informe del recluso -. Un súbdito se acercó pasándole una escama con caracteres tipografiados por algún aparato mecánico.

- Mmm, a ver, qué dice aquí... muy bien, así es que el imputado padece un enamoramiento obseso-. Todos los seres que se encontraban en el lugar se volvieron con aversión y al unísono con las jaibas que castañeteaban sus tenazas, soltaron un:

- ¡Nooooooooo! -

El sargento prosiguió:

- ¡Y más encima, no correspondido!

- ¡Uuuuuuh! - Aullaron las criaturas.

- ¡Qué horror, bestia sonsa y sensible, deberías avergonzarte! - Decretó el bigotudo-.

Las abominaciones murmuraban, reían y se burlaban de Claudio hasta que el sargento, indignado, pegó un aletazo sobre el escritorio:

- ¡Basta, se acabó! Que no se hable más hasta el juicio.

El pánico engendraba en el cautivo la más profunda confusión. Le era imposible alcanzar deducciones lógicas del porqué había ido a parar a ese recóndito e incoherente lugar, rodeado de estos terribles seres que más encima le juzgaban e infligían semejante trato. Pero en el mejor de los casos, aún se aferraba, mínimamente, a la cordura que le restaba, gracias a - si se puede llamar así - su instinto de supervivencia. Exhausto de estar sometido durante horas al tormento mental, se acurrucó para conciliar el sueño. Sin embargo, cuando comenzaba a lograr ese ansiado momento de serenidad lo perturbó un ruido que, al principio, debido al aturdimiento, le costó identificar. Se acercó a la ventana del calabozo y descubrió a una mantarraya bípeda, que afilaba su aguijón contra los barrotes, lista para batirse a duelo con un pez espada, el cual, aparte de piernas, contaba también con dos brazos y con uno sujetaba una concha de caracol a modo de escudo. La mantarraya al advertir la presencia de Claudio, decidió increparlo al tiempo que lo miraba fijo:

- ¿Qué haces allí adentro, hijo? ¡Sal que empieza la diversión!

El muchacho, extrañado y a la vez testigo de un intenso aroma a fermento, guardó silencio y solo se dispuso a observar la situación. Mientras se preparaban para la lucha, de una especie de pequeño antro del otro lado de la calle, salían especímenes de todo tipo, unos más aborrecibles que otros, y la mayoría se tambaleaba con actitud etílica. Todos parecían rebosar de felicidad mientras rodeaban a los contrincantes, delimitando el campo de batalla, pues festejaban al tiempo que alentaban el duelo. La confrontación no duró mucho, pero a cada golpe los espectadores vibraban de emoción y si alguno de los guerreros era sometido o herido, se alcanzaba un éxtasis colectivo. Una vez que las vísceras del pez espada fueron esparcidas por sobre el público, todo culminó con una gran ovación.

En el momento en que Claudio reflexionaba por qué la violencia enardecía a aquella aglomeración de bestias, fue interrumpido por la puerta de su celda que se abrió de golpe. Sin más, uno de los guardias lo desencadenó y nuevamente lo subió al carro sin darle mayor explicación. Al parecer, como comenzaba otro incierto y denigrante viaje, respiró profundo e infló el pecho, agarrándose firme del mástil. Al salir del retén, en vez de controlar a la turba de abominaciones ebrias, los uniformados tocaban el claxon a modo de consentimiento, y todos se unieron maravillados a la humillante procesión, una vez más. Seguramente, lo que ahora colgaba de la cabeza de Claudio eran las tripas del derrotado en el duelo.

Se pasearon por las angostas calles de lo que parecía ser un caótico mercado en el que cientos de seres comían y trocaban a otros cientos de seres más pequeños; luego, pasaron por lo que el rehén interpretó como un cementerio, aunque, al parecer, este no se constituía de tumbas, sino de especies de altares decorados con restos de cuerpos de antiguas generaciones donde familias enteras, reunidas a la intemperie, comían y bebían, celebrando con los cadáveres. Claramente, no parecían considerar la muerte como algo malo u horrendo, sino por el contrario, un hecho digno de agasajos.

La entereza de Claudio resistía, hasta que bordearon algo comparable con un zoológico sobrepoblado, con jaulas atestadas de especímenes indescritibles y gigantescos batracios que sobrepasaban cualquier parámetro de la normalidad. Simplemente un horror. Si no le engañaba la vista, creyó divisar en una de las jaulas del lugar a varios hombres cautivos, y al confirmar desde la distancia que aquellos prisioneros tenían tantos rasgos de humanidad como él, sufrió un violento arrebató. La idea de comunicarse con un congénere y posiblemente tener la oportunidad de dilucidar su situación lo sobrellevó al punto de lograr zafarse, triscando hasta tierra firme para así escabullirse entre la multitud. Si bien los guardias no eran tan ágiles como él, comenzaron la persecución bajo el gran clamor de la barbarie.

Al percatarse de la presencia de Claudio, los hombres cambiaron la cavilante expresión de sus rostros por la del escepticismo.

- ¿Qué haces, estás loco? ¡Regresa a tu jaula! - Se refirió uno de los prisioneros-.

- No estoy encerrado y espero no estarlo, pero díganme, ¿qué sucede aquí?, ¿por qué me encuentro en este horrible lugar?

- Si no eres prisionero pronto lo serás, no tienes hacia dónde escapar y además es imposible pasar desapercibido. Nos rodean infinidades de océanos aún peores que este. Si te encuentras aquí es por alguna buena razón, o sea, una mala razón... ¡baaaaaah! Permíteme aclararlo: de acuerdo al criterio de estas bestias lo que nosotros entendemos por un correcto raciocinio, para ellos equivale a un discernimiento errado, ¿me sigues? ¿Acaso hiciste algo estúpido, aunque se haya engendrado desde las buenas intenciones? Me refiero a ¿alguna acción o sentimiento deliberado que para colmo no logró su propósito o no fue correspondido, lo que desencadenó sucesos degradantes e innecesarios?

- Mmmm, creo que sí.

- ¡Pues claro que sí! O no te encontrarías ahora en este purgatorio. Ahora, déjame simplificarlo. Para ellos, el acto de corromper es su evangelio. ¿Comprendes?

- En absoluto, no entiendo nada. Solo me gustaría regresar a casa.

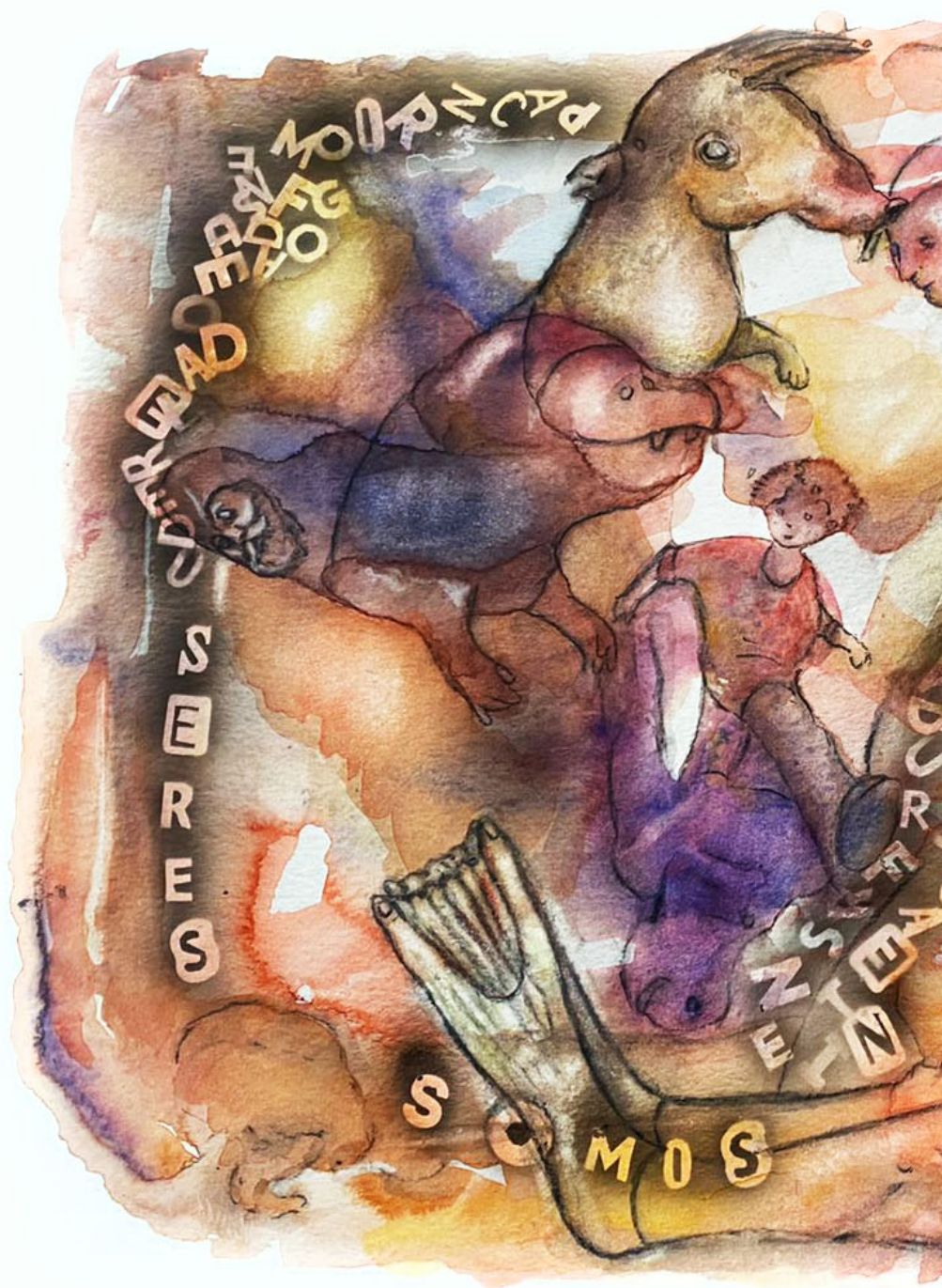
- ¡Jajajaja, niño iluso!, lo único que te puedo aconsejar es que les sigas la corriente, esa sería tu única oportunidad. De esa manera quizás tengan piedad y no acabes como alimento para tiburones. - Le dijo un hombre de avanzada edad a quien le colgaban un par de tentáculos de un costado de la cara, y del otro, le zigzagueaba una antena de langosta.

- Y tú, ¿por qué tienes ese aspecto?

- Mientras más tiempo pases acá, más te asemejarás a ellos. - Respondió cabizbajo el afectado.

- Dios mío, no puedo creerl... - Iba a expresar Claudio cuando fue interrumpido abruptamente por otro rehén de ojos saltones, con rasgos de pejesapo-.

- ¡Shhht! ¡No pronuncies eso aquí, estúpido! Los atrae de inmediato y les pone furiosos. ¿Quieres morir?





2021

No terminaba de pronunciar las últimas palabras, cuando por sobre el hombro de Claudio los prisioneros advirtieron a un grupo de guardias frenéticos aproximándose. Desesperado, buscó un lugar cercano para ocultarse y advirtió que, de un roquerío al costado del zoológico, sobresalía una actinia de gran tamaño, el suficiente para su propósito. Se apeó rápidamente a ella, inhaló aire, o lo que fuera, y se introdujo en este *poto de mar* de tonalidades azulosas, su única chance. Por suerte, gracias a las dimensiones y al color, logró ocultar su silueta y pasar desapercibido a los ojos de los guardias, que siguieron de largo. Sin embargo, cuando tenía intenciones de salir, el *poto de mar* se contrajo hasta el punto de inmovilizarlo por un buen rato, y justo cuando comenzaba a desvanecerse, lo escupió a varios metros de distancia. Al reintegrarse, titubeó unos segundos y se largó a correr justo por el pasillo donde tenían reclusas a las sirenas. Estas musas lo invitaban a acercarse, usando los más seductores encantos, que se deslizaban como un perfume hasta la perdición, cautivando los sentidos de la supuesta presa, tal como habían persuadido a tantos marineros y pescadores. Sin embargo, cada sirena se encontraba confinada por ignorar las cláusulas de su mundo y haberse relacionado con humanos. Por suerte, gracias al estado de pánico en que se encontraba el fugitivo, las garras de la tentadora seducción no pudieron alcanzarlo. Ya cercano a una salida, un enorme tentáculo lo apresó tal como una lengua de rana a una mosca, para dejarlo una vez más a merced de los guardias y de la humillación del pueblo. Esta vez, lo trasladó la bestia a quien pertenecía la viscosa extremidad, un enorme calamar montado por el sargento gordo y bigotudo con cara de bagre que azotaba con un látigo a todos por igual, tanto al cefalópodo como al prisionero quien, aparte del horror, ahora también se retorció de dolor.

Al emerger del aturdimiento, Claudio advirtió que ahora se encontraba solo con los guardias y las bestias de transporte en un páramo que se extendía hasta un dudoso horizonte. Al llegar junto a la ribera de lo que extrañamente parecía ser otro océano autónomo del océano en el que ya se encontraban, un uniformado sopló una concha mágica con forma de cono, con lo que provocó un grave e intenso sonido que resonó a mucha distancia en un gran eco. Rápidamente, una de las islas del archipiélago se acercó con suavidad hasta la orilla y en el momento en que todos comenzaron a abordarla, levantó un largo cogote verdoso plagado de miles de moluscos. Aquellas islas resultaron ser colosales tortugas milenarias, en cuyos caparazones, se había creado su propia biodiversidad. De alguna manera, quizás por su paz y majestuosidad, el prisionero percibió el aura de aquellos seres como prístina e impoluta. Al parecer, era lo único que en este espantoso mundo no estaba ligado a lo macabro. Estos nobles especímenes se iban acoplando a voluntad, turnándose la carga y haciendo de puente flotante, permitiendo al grupo llegar a destino: un resplandeciente castillo de coral adornado con las más hermosas conchas y perlas, simplemente lo más sublime apreciado por retina humana.

El cautivo, trasladado hasta el podio donde le correspondía ser juzgado, iba con un grillete de metal al cuello, sostenido por una larga cadena de la cual fue arrastrado cual fiera chúcaro. Les recibía una alfombra de algas refinadas que se extendía unos cuantos metros por fuera de la entrada del palacio. Dentro del opulento alcázar, la alfombra ascendía sobre un cerro de monedas y todo tipo de accesorios de oro. Se trataba de todos los tesoros de barcos hundidos jamás encontrados por la humanidad, esparcidos y amontonados por todo el piso. Y al otro lado de la cima de oro, en el extremo sur, la alfombra se desplegaba hasta el trono del rey, enmarcado por unas cortinas de terciopelo y coronado por un pomposo cuadro a gran escala de su majestad, domando a un enorme y salvaje hipocampo.

De golpe se abrieron las grandes y pesadas puertas de ambos costados de la sala y en pocos instantes las graderías se repletaron de variadas criaturas. Desde otra puerta más cercana al trono, con aire solemne desfiló el elenco del jurado, seguido por el juez, el fiscal y el secretario, en sus correspondientes togas y cursis pelucas.

Todas las conversaciones y cuchicheos cesaron en seco ante la presencia del rey y su séquito: la reina, la princesa, su consejero, el primer ministro, mascotas y arlequines. Todos horriblemente mal parecidos, sin embargo, de pie a cabeza, lujosamente vestidos. Era evidente que toda aquella parafernalia les sentaba bien y atribuía dignidad, pues actuaban como si la tuvieran. La concurrencia parecía expectante y, se podría decir, hasta temerosa de la voluntad de su eminencia. Pero él, ensimismado, con apariencia de hipnotizado o sonámbulo, parecía no tener conciencia de la escena que se orquestaba frente a sus narices. Con el típico balanceo de lo mórbido, gotoso y con actitud pedante, se dirigió al trono con expresión de asco en su rostro de lobo marino, como si percibiese el hedor de algo en descomposición. En cuanto tomó asiento, uno de sus bufones comenzó a sacarle sonido a un laúd y su compañero, a montar un lúgubre número haciendo todos los esfuerzos por caerle en gracia al engendro coronado y sonsacarle una imposible sonrisa. Con un leve gesto del rey, cesó la música y los arlequines se hicieron a un lado, como si hubieran corrido la suerte de haberles perdonado la vida. Sin embargo, mientras todos permanecían en silencio, su majestad aún no parecía caer en el propósito de aquella reunión. Entonces, mientras le servían algún brebaje en su copa de oro, el consejero le susurró al oído y recién ahí sus somníferos parpados se abrieron un tanto, aclaró la garganta y se dirigió a la plebe:

- ¡Que comience el juicio!



En toda la sala solo se escuchaba el ajeteo de los documentos que organizaba el acusador, luego este se refirió:

- ¿Es verdad que usted está empedernidamente enamorado de una colega?

- Pues, sí. - En ese momento, pese a que toda la sala se estremeció en un sofocado murmullo, Claudio quiso referirse al tema - Pero, ¿qué tiene de malo?

- ¡Silencio! No tienes derecho a dirigirnos la palabra si no es para responder lo estipulado. Sigamos, ¿también es cierto que el amor no te es correspondido?

- Eh, bueno, usted está en lo correcto. - Una carcajada general resonó a tal punto de despertar al rey, quien dio dos golpes en el púlpito con un pez martillo, para restaurar el silencio en fracción de segundos-.

- Cuéntenos, ser irracional, ¿por qué le nace esta necesidad de poseer a esta monstruosa criatura?, ¿qué le provoca este estúpido sentimiento hacia ella?

Desconcertado, el muchacho titubeó ante esta aparente sencilla pregunta, que en realidad le repercutía de sobremanera en algún recóndito lugar de su mente, porque siendo sensato nunca antes se la había o habían formulado:

- Bu... bu...bueno porque es amorosa y bella. - En ese momento los espectadores desde la primera fila hasta el último rincón del palacio refunfuñaban, gemían y demostrando su rechazo exigían la máxima pena. Otros dos golpes devolvieron un silencio sepulcral.

- Entonces, ¿aseguraría que es amor lo que siente por ella?

- Sí.

- Pero, ¿es usted consciente de que la belleza y el amor son una orca asesina disfrazada de un dulce delfín para los de su especie?, ¿qué si bien en principio les provoca, a nuestro juicio, una extraña enfermedad que deriva de una extrema felicidad o pasión, luego, por alguna razón se trunca convirtiéndose muchas veces, si no la mayoría de ellas, en un sentimiento contradictorio, precipitándolos al vacío, la angustia, el odio e incluso la violencia, la cual en muchas ocasiones toma un carácter de índole destructivo hasta llegar al punto de atentar en contra de sus propias vidas y de la de los demás?

- Bueno, a veces sí y a veces no.
- ¡Cómo es eso?, responda sí o no.
- Es que es más complicado que eso.
- ¡Explíquese!
- Pues no sabría cómo, pero no es tan sencillo como un sí o un no.
- En fin, a sabiendas de estos riesgos y sumándole que ni siquiera le es correspondido su sentimiento, ¿aun así usted se embarca perdidamente en esta odisea del amor?
- Así es.
- ¿Lo ve, su señoría? Esto solo nos confirma la estupidez de esta detestable raza.
- Sí, no cabe duda de eso. - Respondió somníferamente su majestad, y el acusador descansó triunfante en una mueca de satisfacción. - Pero a la vez me sorprende e intriga el valor de este ser para tomar semejante decisión, incluso sabiendo que lo llevará a la ruina, a su perdición. - Entonces, todas las miradas recayeron en el acusador, el cual objetó:
 - Pero su señoría está claro que...
 - ¡Silencio! - El rostro del súbdito hervía ahora de ira.
 - Quisiera entender, bestia insensata, el proceder de su ensimismamiento.
 - No sé si usted podría llegar a entenderlo su majestad. - Respondió Claudio, revolucionando a colmo la galería.
 - Pero ¡cómo se atreve!, ¿me trata de ignorante? - En ese momento la princesa esbozó una sonrisa mirando cautivada al prisionero. - ¡Explíquese, lo exijo!

El muchacho era un ser sumamente, por no decir del todo, superficial, por lo tanto, no podría dar jamás una explicación válida con respecto a un tema de esa envergadura. Nunca en su necia y ociosa vida se había preocupado por reflexionar en lo más mínimo en pro de su ser, de sus sentimientos, de cómo actuaba y por qué. Nada de eso había pasado por su cabecita a excepción de quién ganaba la copa del campeonato de fútbol, el último modelo de auto en boga y los compromisos de parejas de la farándula. Su dejación ahora le jugaba en contra y no hacía más que redundar.

- Bueno, es que ella es todo lo que necesito, bella, angelical y... y...

- ¡Por Cthulhu! Esta criatura no sabe siquiera cómo expresarse, ¿así y todo se sienten superiores a todas las razas?, ¡son un fraude!

- ¿Es que ustedes no se enamoran? - Profirió exaltado el imputado.

- ¡Por supuesto que no!, ¿o es que nos crees estúpidos? Nosotros solo necesitamos las cosas básicas para existir: alimentarnos, beber y procrearnos, pero no a base de lo que ustedes llaman amor. ¿Por qué razón habríamos de complicarnos la vida con dilemas que ni siquiera tú, que padeces aquella enfermedad, puedes explicarnos de manera convincente? - Claudio quedó de una pieza, sin respuesta alguna, mientras en su cabeza repercutían las palabras del rey que le resultaban coherentes, estrujando sus neuronas.

- ¡Tíradlo a los tiburones! - Sentenció su majestad.

- ¡Alto! - grito la princesa desde su concha, sorprendiendo a toda la asamblea. Al instante se produjo una ovación general y todos los presentes quedaron expectantes. Luego esta corrió hasta su padre para hablarle al oído.

- ¡Me retracto! El imputado quedará en custodia de mi bella hija, será su mascota hasta que se aburra y decida qué hacer con él. ¡Se levanta la sesión!
- Todos estaban impactados y nadie daba crédito a las palabras de su majestad. El acusador boquiabierto trataba de contener y disimular la frustración por el veredicto.

A brincos, avanzaba Claudio adoptando forma de batracio, mientras se alargaba su estadia, retenido en su rol de mascota por una cadena que del otro extremo sujetaba la princesa. Si bien gozaba de la impunidad de la realeza, nadie le insultaba ni menos le lastimaba, no se atreverían, sobre ese punto, se sentía tranquilo. Lo que sí lo perturbaba bastante era el cambio de apariencia que cada día se intensificaba. En su mente intacta, hurgaba sin muchas esperanzas, un plan para convencer a su dueña de liberarlo. Así fue como cierta noche en la habitación de la princesa comenzó a tantear el camino:

- Princesa Algaria...

- ¿Sí, Claudio?

- Ya que nuestra relación se ha sostenido en la confianza y el respeto, me preguntaba ¿existirá la posibilidad de desplazarme sin esta cadena?

- Por supuesto, es un punto sobre el que ya había reflexionado, créeme. Si eso es lo que quieres, basta con que a cambio me proporciones algo muypreciado e importante para mí.

- Princesa, ¿que podría interesarle a usted de este lacayo? - Respondió incrédulo-

- Pues, tu semilla-. Los fulgurantes ojos de la princesa sostenían un brillo incandescente, mientras la expresión de Claudio aún no terminaba de configurarse.

- Disculpe, su Majestad, no le comprendo.

- ¡Debes aparearte conmigo! - decretó Algaria. - El cautivo, de tan solo imaginarlo, sufrió un fuerte mareo producto de las náuseas, luego se acomodó en sus aposentos y fingiendo calma prosiguió:

- A su padre no le gustará la idea, seguro que antes me lanzará a los tiburones.

- ¡Idiota! Su opinión me tiene sin cuidado, toda mi vida le he odiado, así como a todo lo que tenga que ver con su reinado. Deseo procrear una nueva estirpe, imi propio linaje!

El rostro de Algaria se contrajo en una mueca de ira, pero su mirada contrastaba con un hálito de esperanza.

El muchacho estaba en shock, en su maltraída mente se cruzaban confusas imágenes de un futuro incierto en donde no veía muchas alternativas en favor de su bienestar. Resignado asintió cabizbajo.

- Esta bien, su Alteza, como usted lo estime conveniente.

- ¡Por supuesto que así será! No te lo estaba consultando. Ahora te liberaré y llegada la noche consumaremos el acto. Te advierto que si intentas engañarme o hacer algo estúpido yo misma te arrancaré la cabeza sin dudarlo.

Ya de noche y sin poder conciliar el sueño, Claudio comenzó a escuchar extraños ruidos en la habitación, al voltearse advirtió que la princesa gemía en su lecho y de su gran vulva palpitante, emanaban secreciones nauseabundas. Su Alteza levantó la mirada hacia el muchacho y con su índice le indicó que se acercara, era el momento de la penetración. De dos brincos llegó a su lado al borde del colapso y, víctima de esta aberrante situación, comenzó a preparar su miembro, que claramente no concordaba en tamaño con lo que tenía ante sí.

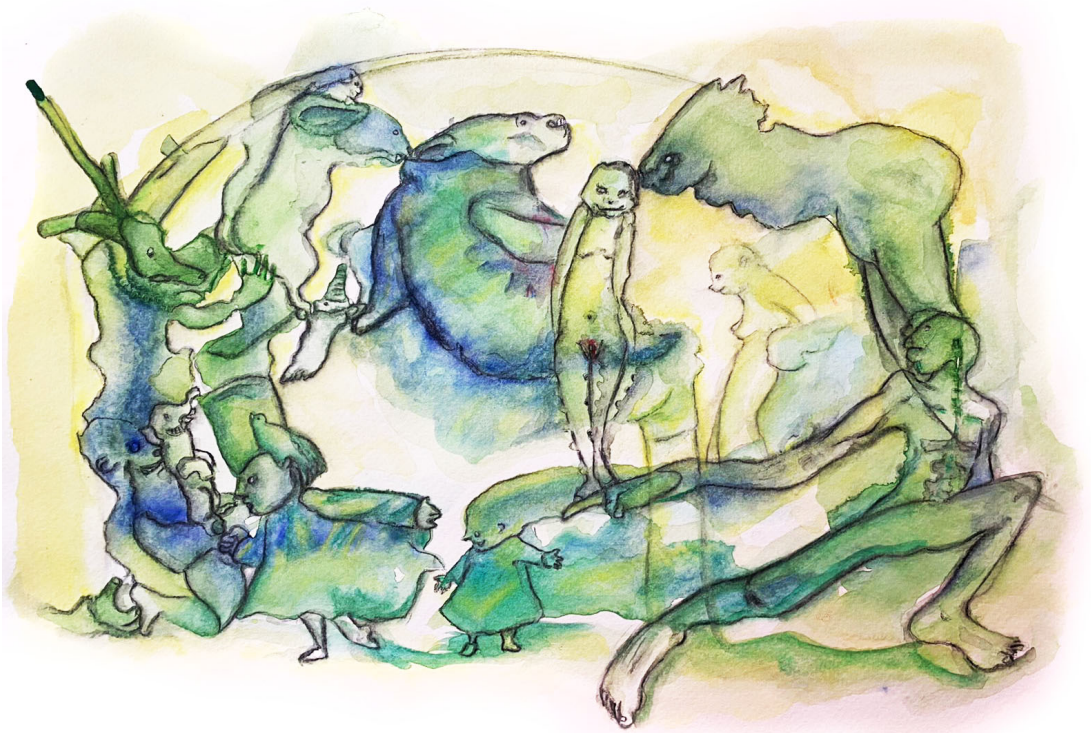
- Debes entrar por completo dentro de mi vientre para así engendrar e incubar nuestros huevos, el tiempo necesario.

Si la impresión no lo hubiese dejado al borde del desmayo, el desdichado hubiese salido corriendo sin importar las consecuencias. Solo que, en este caso, aturdido, se agachó y conteniendo el vómito comenzó a introducirse por el aparato reproductor de la princesa, hasta que fue succionado por completo. Una vez dentro, la visión de Claudio parecía repetirse: un torrente colorido, destellos, una vorágine. Experimentaba prácticamente la misma situación de cuando y como llegó a este mundo, y mientras padecía aquella presión en la cabeza paulatinamente perdía la conciencia. ¿Este descabellado e indeseable episodio era parte también del proceso de reproducción? ¿Se trataba de un nuevo viaje a otro recóndito y horrendo lugar? ¿Tal vez todo era más sencillo y esta epopeya solo había sido un mal sueño?, ¿sería que ahora Claudio emprendía el milagroso retorno a su realidad, a su plano, para convertirse en una mejor persona gracias al escarmiento sufrido? Bueno, quizás cualquier opción sea mejor que ser el progenitor de una nueva y asquerosa casta, compartida por el resto de sus días con la princesa Algaria, ¿no?



TALLER DE
ILUSIONES
PLUMA & MENTE
PATAS DE PERRA

Manufactura literaria



Esta progenie o estirpe, si acaso puede denominársele de alguna manera, se ha engendrado en la combinación más ruin de factores del caos. Germinó en un suelo de horrendos sentimientos donde su natural proceder consistió en abyectas acciones, siempre fundamentadas por un juicio impúdico y rastroso. Su evangelio y sus mandamientos son los pecados capitales, que guían cada uno de sus retorcidos pasos. Aunque nadie sabe el nombre de este insurrecto germen, tampoco se le puede atribuir algún apodo. Se desconoce su ubicación y sus confines, por lo que nadie llega allí por voluntad propia, pero si alguna vez te encuentras en ese lugar, alguna incomprensible para ti, pero merecida razón para ellos se encargó de llevarte. Quienes han sobrevivido a la travesía aseguran que el traslado se consuma a través de una especie de agujero negro, entre el cerebro y el espíritu, y que, sin duda, se trata de una experiencia abrumadora y sombría.